

nao las velas de las gavias, y esperó al parao, y dióle un cabo por popa, y tornáronse á su camino muy á punto de guerra, con propóssito de embestir con quien delante se les pudiesse. É yba la nao muy bien artillada de muy gentiles tiros de bronce y de fierro, y otras muchas armas y municiones; y para todos los que yban dentro avia escopetas y ballestas, y eran ciento y una personas, pocas mas ó menos, de que eran las noventa para pelear. Y cómo el viento era fresco y á propóssito, passaron por entre los contrarios, sin que se osassen llegar á la nao, y fueron derechamente á Tidore, y surgieron donde solia ser la cibdad, primero dia de enero del año de mill é quinientos y veynte y siete; y en la hora, vino allí el rey muy acompañado de sus principales, y entró en la nao. El nombre de este rey era Rajamir: el qual en essa saçon podria aver doçe ó treçe años, ó poco mas ó menos tiempo. El rey de Gilolo se llamaba Sultan Adulraenjami, y era de edad de ochenta años y más.

Despues que con mucha alegría el rey ovo visitado al capitan, y contádole sus desaventuras y trabaxos, juraron en su ley ó secta, él y sus principales, de le favorecer y ayudar con sus personas y haciendas, y con toda su gente y vassallos y amigos, en todo lo que se ofresciesse al servicio del Emperador, nuestro Señor, y del dicho capitan Martin Iniguez de Carquiçano y los que con él venian y viniessen, y los que fuessen en servicio del Emperador; y el mismo juramento hiço el capitan Martin Iniguez de Carquiçano. Y aquel mismo dia començaron los soldados á haçer un baluarte en tierra, y los marineros se dieron priessa á sacar el artilleria; y los indios ayudábanlos con mucha diligencia, y aun sus mugeres: y assi se hiço un baluarte de piedra seca y madera y tierra lo mejor que pudieron, y por el consiguiente otros dos para poner

el artilleria, para quando viniessen los portugueses; y descargaron la nao de todo quanto tenia dentro, excepto de alguna parte del artilleria y armas, y munición y lastre. Y el capitan estúvose en la nao, despues que ovo dado órden en los reparos de la tierra, y tomó consigo hasta septenta hombres, y en tierra puso á Fernando de la Torre por capitan sobre el restante de la gente: y esperando de hora en hora los portugueses, estuvieron cada dia fortificándose, y luego los indios començaron á reedificar y haçer sus casas; porque las que primero tenian avían-selas quemado los portugueses. En el qual tiempo que esperaban la venida de los contrarios, este capitan, Martin Iniguez, como hombre de honra y animoso, con mucha diligencia haçia tener mucha vela en las cosas de la tierra, y en la labor de los baluartes y reedificación del pueblo, y en la guarda de la nao y de la costa puestas sus espías y atalayas. Porque era visto, segund los requerimientos y cartas que de susso se han dicho, que avian de venir los portugueses: quanto mas que les avia dicho y escripto el capitan que se yba á Tidore, y que le vieron passar entre la armada contraria y á su despecho. Y continuamente animaba á los hidalgos y gente del armada, aunque eran pocos, que hiçiesen por muchos, quando tiempo fuesse, y que hiçiesen cuenta que peleaban en España, pues lo avian con portugueses, que aunque en aquellas partes estaban poderosos, no se les avia de negar la batalla cada vez que la buscassen, assi por la honra de la naçion, y por servir al Emperador, nuestro señor, como por el mal título y tirania con que los portugueses estaban en aquellas partes, que son de la corona real de Castilla. Mas en la verdad, puesto quel capitan hiçiesse bien su officio, cada uno de los que le oían tenia la misma voluntad y desseo de mostrar su

fidelidad y ánimo; y assi, en esta operación militar que dicho, estuvieron atendiendo hasta el tiempo que los enemigos portugueses vinieron.

CAPITULO XXI.

Cómo los portugueses fueron á pelear con los castellanos á Tidore, con mucha mas gente que los del Emperador eran, y cómo se ovieron en este fecho los unos y los otros, y cómo los portugueses se volvieron á su fortaleza de Ternate con daño suyo.

Viernes, diez y ocho dias del mes de enero de mill y quinientos y veynte y siete años, antes que amanesciesse con quatro horas, llegaron los portugueses á Tidore con muchos paraos, y una fusta, y unos batelaços grandes, á combatir la nao del Emperador y á los castellanos que en ella avian quedado del armada que avia sacado de España el comendador Loaysa; y cómo haçian buena guarda y estaban amenazados, luego sintieron á los enemigos, y les tiraron con un tiro, y dió á la fusta, y faltó muy poco para la echar á fondo. Y cómo los portugueses vieron que no dormian los castellanos, arredraronse un poco, y començaron á lomardear y descargar su artilleria, y del primer tiro que tiraron dieron en mitad del costado á la nao; y cómo sintieron el tiro, abaxaron ciertos hombres con una candela en la nao, á ver el daño y lo que era. Y los de la fusta, atinando á la luz de la candela, asestaron con otro tiro á ella, y metieron por el mismo agujero que avia entrado la primera la segunda piedra, y mataron un grumete que tenia la candela en la mano, é hirieron otros tres ó quatro hombres; y desde aquessa hora, y venido el dia. Y todo él entero hasta la noche siguiente, se lomardearon muy á menudo los unos

á los otros, y por consiguiente el sábado que se siguió hasta hora de visperas, que los portugueses se retraxeron á reposar media legua de allí á la ribera, por se refrescar y descansar, para volver con mayor ímpetu á la batalla naval. Y avisado el capitan Martin Iniguez, cómo supo que avian salido á tierra parte de los portugueses, envió hasta veynte hombres de los castellanos y doscientos indios de los de la tierra sobre ellos; y cómo sintieron los nuestros, huyeron los portugueses á se embarcar mas que de passo. Mas por mucha priessa que se dieron, fueron acuchillados y mal heridos algunos portugueses, y luego se fueron á su fortaleza á Ternate.

Hay de tierra á tierra desde Ternate á Tidore una legua, y desde la fortaleza de los portugueses á la que hiçieron el capitan Martin Iniguez y los castellanos, hay quatro leguas.

Al tiempo que la nao y los castellanos estuvieron en Camapho vieron á la vela dos navíos, y penssando que eran de los del armada, fué el batel por alcançarlos y no pudo, y volvióse; y por este respecto tenia el capitan Martin Iniguez determinado de saber de aquellas naos, y enviar á ello algunos paraos, y púsosese por obra.

CAPITULO XXII.

Cómo el capitán Martín Iñiguez envió un parao á saber si dos naos que avian visto á la vela desde Camapho eran de la armada ó no, y cómo los que fueron á lo saber tomaron en la mar dos paraos, y quemaron un pueblo en la isla de Motil, que la tenían portugueses, y mataron cierta gente; y del socorro que envió á pedir el rey de Gilolo á los castellanos, y se le envió, y de otras cosas que passaron en continuación de la guerra contra los portugueses, y cómo se les tomaron ciertos quintales de clavo, etc.

Estando, como dicho es, en Camapho los castellanos, pensaron que eran de la conserva del armada dos naos que avian visto passar á la vela, y enviaron el batel tras ellas, y no las pudo alcançar, y por esto, desseando saber la verdad el capitán Martín Iñiguez (después de pasado lo que es dicho con el armada portuguesa en Tidore) acordó de enviar un parao, que no avia mas en Tidore. Y entraron en él algunos castellanos con el capitán Urdaneta y la gente que le pareció al general de la de los indios de Tidore en el parao y en canoas; y fueron á una isla que se llama *Motil*, que tenían los portugueses: é ydos allá, los nuestros tomaron dos paraos y quemaron un buen pueblo, y mataron cierta gente, y se recogieron sin resçebir daño alguno. Está aquesta isla de *Motil* cinco leguas de la cibdad de Tidore.

En aqueste tiempo envió el rey de Gilolo cinco paraos bien armados á Tidore, y envió á decir al capitán Martín Iñiguez y á los castellanos cómo la armada de los portugueses avia ydo contra él, al tiempo que passaron en busca de la nao del Emperador, y le pidieron los castellanos que estaban en su cibdad; y porque no los quiso dar, le avian movido guerra (que hasta entonces avian estado de paçes con él): por tanto que le pedia por merçed al

capitán que le enviase veynte hombres castellanos y alguna artilleria y munición para allá. El capitán hizo lo que el rey le envió á rogar, y mandó á Martín Garcia de Carquiçano, thesorero general que era á la saçon, que fuesse con ciertas piezas de artilleria y algunos hidalgos de los del armada. Y estando los paraos en Tidore, ovo nueva que yba un barco de portugueses, cargado de clavo, de Maquian para Ternate: y luego proveyó el capitán Martín Iñiguez que entrassen quinze castellanos en los paraos de Gilolo, y fuessen en busca del *çempam* ó barco, y alcançaronle y tomáronle cargado de clavo, después que ovieron peleado con los del *çempan*, que quiere decir barco. En la qual batalla mataron un portugués y veynte y tantos indios, y tomaron doscientos y çinquenta quintales de clavo. El qual clavo tomó el capitán para el Emperador, y dió á los capitanes de los indios (que con los castellanos se hallaron en esta pressa) ciertas varas de paño y otras cosas. Y assi se fueron á Gilolo muy contentos con ellos y el artilleria y munición, y Martín Garcia de Carquiçano, al qual mandó el general que hiciesse haçer una fusta, pues que el rey de Gilolo se avia ofresçido de dar todo lo neçessario para ella, excepto la clavaçon.

CAPITULO XXIII.

Cómo el general envió al capitán Urdaneta en busca de los navios, que avia visto á la vela desde Camapho, y de cómo quemó un pueblo en una isla, y mató y prendió los que en él avia, y cómo topó con ocho paraos de portugueses, y la batalla que ovo con ellos, de los quales escapó por su esfuerço é industria.

Cinco ó seys dias andados del mes de febrero del año de mill y quinientos y veynte y siete, mandó el capitán general al capitán Urdaneta que fuesse con tres paraos en busca de los navios que se avian visto yr á la vela, estando la nao capitana en Camapho, y que fuesse á *Veda*, que es un pueblo que está al Sueste del Maluco, háçia donde pareció que aquellas velas yban. Y porque la guerra con los portugueses estaba ya trabada, como está dicho, mandó que fuesse con este capitán un hombre de bien, castellano, y un indio, diestro lombardero; y todos los demas que fueron en los paraos eran indios bien dispuestos y hombres de guerra. Y partidos de Tidore, anduvieron mas de veynte dias por allá, y en *Veda* ni en otra parte hallaron nueva alguna de las naos que buscaban, y dieron la vuelta para Maluco; y cómo les faltaron los bastimentos, y aquella tierra toda estaba usurpada por los portugueses, andaban los de los paraos y el capitán Urdaneta muy fatigados, y en una isla que se llama *Guaça* determinó buscar de comer por grado ó por fuerça, y los indios por ningun ruego ni presçio les quisieron dar cosa alguna. Y desde vido su mala respuesta, salió en tierra con sus indios, quedando guarda en los paraos, y armado y á nado ençima de un pavés; y cómo estuvieron en la costa, ordenó su esquadron lo mejor que pudo; pero los indios fueron los que començaron la batalla con mucha furia. Mas cómo les hicieron cara, presto se començaron á retraer á las casas, que eran altas como suelen ser las gavias de las naos de TOMO II.

çiento y çinquenta toneles ó mas: y son armadas sobre quatro postes, y en el un terçio de la altura ó mas tienen un suelo de cañas, y desde el suelo hasta allí está una escala levaðiça, y otra desde el primer suelo al segundo, y cómo suben arriba, alcan las escalas; y por ser nueva forma de edificios pinté aqui una de la misma forma (*Lám. 1.^a, fig. 2.^a*) queste capitán me la dió á entender.

Subidos, pues, los indios en aquellas sus casas, desde allí era mucha la lluvia de las flechas y pedradas que tiraban, en tanta manera que no se podian valer con ellos: entonces hizo el capitán Urdaneta traer un tiçon, y púsole en un tejado ó cobertor de una casa, las quales cubren de hojas de palmas, y no hay paredes, sino como un buhío abierto. Y aprendióse el fuego de tal manera (y con buen viento al propósito), que no tardó un quarto de ora ó menos en se quemar todo el pueblo: y cómo los indios se vian aquexados y sus mugeres é hijos, baxaban mas que de passo, y assi como baxaban los resçebian los nuestros y mataban todos los que querian, y prendieron á los que les pareció que se podrian rescatar ó averse provecho del presçio dellos: en fin, ninguna cosa quedó de aquel lugar que no fuesse quemada ó tomada. Y con esta victoria y pressa partieron de allí los tres paraos y el capitán Urdaneta, y fueron á un pueblo que se llama *Gave*, donde los resçibieron de paçes y les dieron bastimentos, y vendieron parte de los prisioneros; y eran tantos, que al capitán Urdaneta le cupieron veyn-

te y cinco personas de su parte. Y desde allí se partieron para Tidore, y en el camino toparon con ocho paraos de portugueses, y los dos dellos eran grandes: los cuales llegaron osadamente á barloarse, y quasi tenían ya rendidos dos de los nuestros, con quien bordo á bordo peleaban. Entónces el parao en que yba el capitán Urdaneta delante, volvió sobre los enemigos, y con un tiro de pólvora desbarató la proa á uno de los portugueses, y le mató algunos hombres, y le paró tal que se yba á fondo. Y mientras ellos andaban ocupados en se remediar, tuvo tiempo el Urdaneta de recoger sus paraos, y acogiéronse á poder de buen remar, ti-

rando de quando en quando con aquel tiro á los que le seguían; pero todavía perdieron los nuestros toda la pressa que les quedaba, que eran mas de çient esclavos: los cuales, en el tiempo que peleaban, se echaron al agua y se acogieron á los paraos contrarios, y algunos dellos tambien se ahogaron. Fueron muertos de nuestra parte algunos indios, y heridos los mas; y tambien fué herido el castellano, compañero del Urdaneta; y assi con las manos vaçias llegaron los tres paraos á Tidore, aunque aviendo hecho mucho daño en los contrarios.

CAPITULO XXIV.

Cómo el capitán general Martín Iñiguez mandó haçer un galeon para le enviar á España, porque la nao capitana no estaba para navegar, y cómo vinieron dos paraos de portugueses y salieron á ellos, y de çierto desastre de un barril de pólvora que se ençendió y quemó algunos de los nuestros, y entrellos al capitán Urdaneta, el qual se vido en mucho peligro, assi por causa del fuego como porque pensó ser muerto ó presso de los portugueses.

Mucho desseaba el capitán Martín Iñiguez de Carquiçano enviar á España á haçer saber al Emperador, nuestro señor, el estado en que estaban las cosas de la Especiería, y la guerra que con los portugueses tenía, y el mal subçesso de las naos y gente del armada que á aquellas partes avia enviado con el comendador frey Garcia de Loaysa. Y para este efecto hiço poner en astillero un galeon para lo que es dicho, y que fuesse cargado de clavo y otras espeçias, porque la nao capitana en que avia ydo este capitán y esos pocos que quedaron del armada, no estaba para navegar y se avia abierto toda, á causa de la mucha artilleria que desde ella avian tirado, como por el daño que ella se traía, puesto que si no fuera por la vexaçion de los portugueses, bien le pudieran dar carena y remediarla en la parte que la isla de Tidore tiene al Occidente.

Assimesmo los indios de Tidore en esa saçon se daban mucha priessa á haçer paraos, porque sin ellos no se podia haçer la guerra, por ser todo aquello islas.

Siguióse que un día del mes de março de aquel año de mill é quinientos y veynete y siete vinieron dos paraos de los portugueses al luengo de la costa de la isla de Tidore, muy bien aperçebidos y armados, y corrieron á çiertos pescadores, y pussiéronse enfrente de la cibdad. Y cómo el general Martín Iñiguez los vido, envió á llamar al gobernador de la isla, que se llamaba Leveñama, y díxole que hiciesse aparexar algunos paraos, para echar de allí los portugueses é yr contra ellos; y el gobernador dixo que al presente no avia en la cibdad sino solo un parao, mas que estaban dos paraos del rey de Gilolo su amigo, y que juntamen-

te con ellos y el suyo podrian acometer á los contrarios. Y luego fué equipado el parao de muy buena gente, y entró en él por capitán de los indios un hermano del rey, que se llamaba Quichilrrade, hombre muy sagaz en la guerra y buen amigo de los castellanos, y mandó el general que fuesse con el capitán Urdaneta con ocho castellanos. Y con toda diligencia se embarcaron y salieron del puerto, y hallaron con los paraos de Gilolo, para que con buena órden todos diessen sobre los enemigos, y respondieron los de Gilolo que los dexassen á ellos, porque querian probarse con los de Ternate y con los portugueses, y por mucho que se les dixo no los pudieron apartar ni remover de aquel su propóssito. Y quando esto vieron los castellanos y el capitán Quichilrrade, determinaron con solo su parao de dar sobre los dos paraos de los enemigos, y assi se puso por la obra: y queriendo barloarse con ellos, rehusaron la parada los portugueses, y pussiéronse en huyda; y diéronles caça bien legua y media, lomboardeando y escopeteándose reçiamente. Y los paraos de Gilolo tambien seguían, aunque apartados, porque yban dentro en ellos seys castellanos de los que estaban en Gilolo: y cómo vieron que no los podían alcançar, dexaron los indios de bogar y pararon, y assi como los nuestros pararon, assi se pararon los enemigos. Y cómo aquellas partes son muy cálidas, desarmáronse los nuestros, queriendo dar la vuelta para Tidore, y tiraron un tiro á los paraos portugueses; y acaesçió que al tiempo de tirar, estaba descubierto un barril de pólvora, y tomó fuego, y quemáronse algunos de los castellanos y obra de quinze indios, y los seys dellos murie-

ron. Y por desdicha del capitán Urdaneta hallóse tan çerca del barril, que fué uno de los quemados, y con la furia y passion del fuego saltó á la mar, y salido fuera en el agua nadando, quando se quiso acoger al parao no pudo; porque el parao bogaba ya de huyda, y por mas que los chripstianos hicieron, nunca pudieron acabar con los indios que lo tomassen; y assi se fueron, dexándole andar nadando, y el pobre capitán que estaba solamente con unos çarahuelles, comenzó á nadar la vuelta de la tierra.

Pero cómo los portugueses vieron el fuego, arremetieron hácia el parao, y descubrieron el que andaba nadando, y volvieron sobre el capitán que andaba en el agua en tan grand nesçessidad: los paraos de Gilolo tambien lo vieron, que avian assimesmo parado, y arremetieron con mucha diligencia y gentil ánimo, y pussiéronse entremedias del que nadaba y de los portugueses, peleando muy valientemente; y cobraron al capitán Urdaneta y pussiéronlo en uno de sus paraos. Fué cosa de maravilla escapar este capitán, y conosciadamente le quiso Dios guardar de muchos escopetaços que le tiraron, y mas de las manos de aquellos indios de Ternate; porque si le prendieran, aunque los portugueses le quisieran dar la vida, no aprovecharía nada. Y assi le volvieron á Tidore los de Gilolo muy quemado y perdido, y estuvo diez dias que no pudo hablar del mucho humo que se le metió por las ventanas de las nariçes y por la boca, y tuvo bien que curarse de las llagas del fuego. Los portugueses desde que vieron recogido el hombre, dieron la vuelta.